

Contra la barbarie

“Qué lejos se nos queda ya el pasado de hace solo unos años”. Con este tono amargo comienza Muñoz Molina su lúcido ensayo sobre la crisis (*Todo lo que era sólido*, Seix Barral 2013). “Todo lo que era sólido se desvanece en el aire. Lo que recordamos es como si no hubiera existido”, escribe. Aunque a veces se nos olvide, sabemos que nada es definitivo –las libertades, el Estado de bienestar, la *revolución ecológica*– y que no es conveniente bajar la guardia por lo que pueda pasar, pero nos ha pillado por sorpresa este desmoronamiento repentino que ha tapado el futuro. Escribo la *revolución ecológica*, en cursiva, para relativizar la expresión, porque ya sabemos que no hubo tal revolución. Ahora, sin embargo, cuando todo se desvanece con un ensañamiento que parece una venganza planificada, pienso que fue mucho lo conseguido y que han bastado solo unos meses para dilapidarlo. ¡Cataplum! Ejemplos:

Renovables. Comencé a interesarme por los temas energéticos a partir de un reportaje sobre la crisis de FECSA (Fuerzas Eléctricas de Cataluña) en los lejanos ochenta. Contacté entonces con algunos expertos que se referían al sector eléctrico como un poder fáctico del Estado, y ahora que pasa lo que pasa, vuelvo a recordar aquellos comentarios. Fáctico o no, las compañías eléctricas han tenido siempre mucho poder y, dependiendo del momento histórico, lo han exhibido con mayor o menor crudeza. Pero al margen de estas consideraciones de alta política, que vienen muy a cuenta, yo estaba convencido de que su apuesta por las energías renovables era sincera, definitiva, y no veía mal que algunas alardearan de ello en sus campañas de imagen cuando nos convertimos en potencia mundial. ¿En qué otra cosa lo hemos sido? De repente, han emprendido el camino de vuelta con un descaro clamoroso; para favorecer la marca España, supongo.

“AHORA, CUANDO TODO SE DESVANECE CON UN ENSAÑAMIENTO QUE PARECE UNA VENGANZA PLANIFICADA, PIENSO QUE FUE MUCHO LO CONSEGUIDO Y QUE HAN BASTADO SOLO UNOS MESES PARA DILAPIDARLO”

Arquitectura. Dice Rafael Moneo en una entrevista en *ABC Cultural*: “Estaría bien que los arquitectos reconocíramos que ha habido excesos”. Ya lo creo que estaría bien ese reconocimiento y hasta algún que otro golpe de pecho, pero no parece que vayan por ahí las cosas. En ese mismo suplemento entrevistaron una semana después a Antonio Lamela, hijo, cuyo estudio lleva a cabo la reforma de la plaza de Canalejas de Madrid, ese bloque de hermosos edificios de antiguas sedes bancarias en los primeros números de la calle de Alcalá, al lado de la Puerta del Sol. A propósito de este proyecto se ha criticado el gusto de las Administraciones madrileñas por mantener solo las fachadas de los edificios históricos vaciándolos por dentro. Dice al respecto el señor Lamela: “El hecho de mantener las



MARAGA / SHUTTERSTOCK

fachadas ayuda mucho porque si se hubiera permitido el derribo completo y la sociedad hubiera estado preparada para tener allí algo nuevo (que no lo está), el compromiso y la labor habrían sido tan difíciles que prefiero conservar las fachadas y *rellenar*”. Dificultades profesionales al margen, ¿quiere decir Lamela que si la sociedad hubiera estado preparada se los habría llevado por delante? ¿Y cuándo sabemos que está preparada? ¿Por qué la nueva ley de Costas salva del derribo miles de edificios que se construyeron de manera anómala y somos luego tan pocos considerados con el patrimonio histórico?

Contaminación. Advierte Muñoz Molina en el libro citado que lo que parecía inimaginable porque era infernal se convierte en cotidiano: “De un día para otro un país civilizado y desarrollado puede hundirse en la barbarie”. La contaminación salvaje es, sin duda, una forma de barbarie. Todavía estamos lejos de la situación insoportable de otros países, pero la contaminación urbana y de todo tipo ha aumentado en los últimos años, aun a pesar de la desertización industrial. El novelista griego Petros Márkaris, creador del célebre inspector Kostas Jaritos, escribió un artículo muy interesante en *El País* sobre la decadencia de Atenas. Dice que, en realidad, los atenienses viven en dos ciudades, una Atenas diurna y otra nocturna: “Seguramente solo soportan el infierno de contaminación, ruido y atascos de tráfico porque por las noches se les conceden unas horas en el paraíso. La oscuridad logra esconder el desagradable rostro diurno de Atenas”. ¿No es tremendo? Pues todavía lo es más que la crisis haya terminado con esa Atenas nocturna. Sin escapatoria.

Internet. Siguen aumentando las voces de advertencia sobre la supuesta panacea de internet y las redes sociales. ¿Qué tiene que ver esto con la crisis económica y con la crisis ecológica en particular? Verdaderamente tiene que ver con todo. Hemos fiado el cambio a sofisticadas tecnologías que, además de otros aspectos perversos (véase el escándalo mundial por el espionaje a millones de ciudadanos, presidentes de Gobierno incluidos), no parece que vayan a llevarnos hacia la sociedad perfecta. En su interesante ensayo *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*, advierte César Rendueles de que el *ciberutopismo* es una forma de autoengaño que nos impide entender que “los principales obstáculos para un mundo más justo son la desigualdad y la mercantilización”. Cita Rendueles como ejemplo el tan manoseado 15-M. “El 15-M –dice– es lo que pasó cuando dejamos de lanzar titulares en Twitter y de insultarnos en los foros y salimos a la calle a vernos las caras”. ¿Nos vemos?